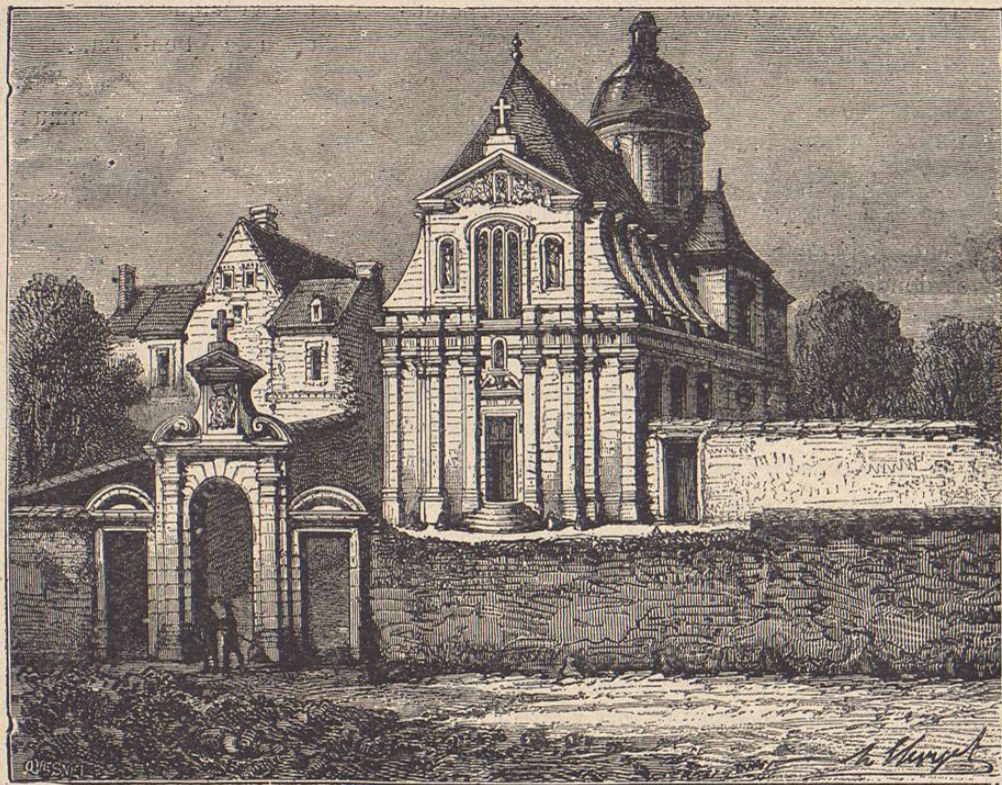


cieron y lo mismo en París que en el campo se oía el grito de traición, por lo cual se ordenó á Dumouriez que se abstuviera de tratar con el enemigo interin éste pisara territorio francés, pero reservadamente se mandaba á Westermann y Benoit al cuartel general prusiano para establecer una inteligencia, y en todo esto, dicho se está que Danton estaba de acuerdo con Servan. En efecto, se comprende que la joven república hubiese querido ya en sus comienzos tratar de potencia á potencia



Iglesia de los Carmelitas

su imposibilidad de librar una batalla decisiva, quisieron ahora imitar á Dumouriez y buscar en unas falsas negociaciones el tiempo necesario para salir del mal paso en que se habían metido.

El mismo día en que Brunswick amenazaba de nuevo á todos los patriotas franceses, Custine al frente de 18.000 hombres penetraba en las provincias alemanas del Rin avanzando sobre Spira. Penetrar en estas provincias era la idea constante de Custine quien encontró siempre una oposición en su jefe Biron que no comprendió como se había de pensar en esto, cuando 100.000 alemanes marchaban sobre París, pero Biron se dejó por último convencer y Servan después de haber vacilado algunos días, dió su aprobación. En su consecuencia como

con todo el reino de Prusia, y esto estuvo á punto de conseguirlo, pero el marqués de Luchessini encargado de los negocios diplomáticos en el cuartel real y cuñado de Bischoffswerder convenció al rey de lo imprudente que era lo que estaba pasando y le decidió á romper todas las negociaciones. La ruptura se declaró el 27, y el 28 Brunswick renueva su célebre manifiesto de Coblenz.

Decidida la ruptura, ¿qué iban á hacer los prusianos? Comprendiendo de sobras su mala posición y

queda dicho el 28 de Setiembre púsose en marcha. Dos días después penetraba en Spira por sorpresa se apoderaba de los almacenes de la ciudad y dispersaba la guarnición. Su general divisionario Neuwinger marchó entonces á Worms que le abrió las puertas sin resistencia, y conforme á la alocución que dió Custine al penetrar en Alemania en la que prometía «la guerra á los palacios de los tiranos, y la paz á las chozas de los buenos,» se hizo pagar á los grandes y eclesiásticos de Spira, y Worms 1.800,000 pesetas de contribución de guerra. Estos triunfos tan imprevistos llenaron de consternación á Maguncia, la gran ciudadela de Alemania sobre el Rin cuyas fortificaciones estaban en un punible estado de abandono y cuya guarnición se componía

solo de 1.300 soldados del imperio y 800 austriacos. Esta débil guarnición se reforzó con el paisanaje armado, pero una falsa alarma dispersó á los soldados imperiales que nadie pudo ya encontrar en parte alguna, de modo que Maguncia abandonada de su elector y de los príncipes vecinos era seguro

que se rendiría á los franceses tan pronto estos se presentaran, pero estos tenían sobrado que hacer para pasar el Rin y ocupar á Maguncia, pues, de todas las ciudades y pueblos ribereños del Rin recibían leales y sinceras muestras de adhesión de sus habitantes, de modo que de Kehl á Colonia lo que



El tribunal de Maillard

ya no había aclamado á los franceses como libertadores se disponía á hacerlo. En fin, tranquilo Custine por lo que reputaba su conquista se presentó delante de Maguncia el día 16 de Octubre, y el 20 caía en su poder la ciudad que los estratégicos llaman la llave de Alemania. Neuwinger marchó entonces á Francfort y de esta ciudad varios destacamentos marcharon al Norte y al Sud llamando los pueblos á la libertad. Pero los hessenses respondieron armándose para resistir á los extranjeros que les traían la emancipación, y Custine que ya no podía disponer más allá de 8.000 hombres, pues, los demás los tenía en guarniciones, hubo de desistir de

su empeño de continuar revolucionando á Alemania. Pero en cambio Lassaulx el síndico de Treveris se presentó el 26 á Custine para que fuera á Coblenz rogándole la tratase bien, mientras por su parte la princesa de Neuwied se recomendaba á la generosidad y bondad del general francés, y en Bonn y Colonia se disponían las autoridades á abandonar dichas ciudades tan pronto se presentasen los franceses. Pero no era solo en el Rin en donde reinaba esta agitación favorable á los franceses, la punta de Neuwied sobre Francfort llevó la agitación á Wüstyburg y Bamberg, y el Wurtemberg lo mismo que Baden se disponían á ponerse bajo la protección de

Francia tan pronto se presentasen sus soldados en Nuremberg. Así la dieta reunida en Ratisbona se apresuró á embargar todos los barcos del Danubio á fin de poder escapar á tiempo á Viena.

Como se ve Custine obraba conforme al plan de Dumouriez y del gobierno respecto á distinguir entre Prusia y Austria, pero aún así y todo, el alzamiento liberal de Alemania iba poniendo en grave apuro al rey de Prusia que continuaba encerrado en Francia, si bien podía contar con que concentrando rápidamente todas sus fuerzas, ni Dumouriez le había de impedir, la retirada ni Custine había de dificultársela ni mantenerse en las ciudades que había tomado. Pero en París y en el ejército tan rápidos y extraordinarios triunfos habían producido las más extrañas ilusiones, y se tenía un lenguaje altivo y revolucionario, cuando esto solo hubiese parecido racional de contar la república con algunos centenares de miles de hombres en el Rhin, y como esto no parecía posible, Dumouriez y Kellermann recomendaban ya una paz general, porque comprendían que Prusia no haría traición á sus aliados, y aún Kellermann preveía que esta paz sería difícil de obtener porque Prusia no dejaría de insistir en su empeño de no querer entenderse más que con Luis XVI por lo cual acababa recomendando al gobierno que conforme á la Constitución reintegrase á Luis en las Tuillerías. Como se ve Kellermann era un político muy ignorante, pero esto se puede perdonar y se perdonó al bravo y valiente general.

Brunswick, gracias á las falsas negociaciones entabladas con Westermann y Benoit pudo repasar los desfiladeros de la Argonne sin ser molestado con todo su ejército cruelmente castigado por la estación y la hambre, y esto pudo conseguirse gracias á creer de buena fe Westermann que iba á conseguir separar á Prusia de Austria. Pero lo que parece consiguió Prusia fué separar á Westermann de las vías revueltas, pues según el gobernador Morris el alsaciano recibió un presente de 25.000 libras para dejarse convencer. Pero lo que nosotros creemos más exacto es que Westermann fué envuelto de toda clase de atenciones y de halagos y de mentiras, y esto decimos, pues, mientras Westermann escribía orgulloso á sus amigos que comía con el rey de Prusia, el honrado y serio general Duval escribía de conformidad con el testimonio de los generales y oficiales prusianos el deseo de hacer la paz con Francia y separarse de Austria. Pero los prusianos tan pronto se sintieron al abrigo de todo peligro en su retirada principiaron á poner restricciones y condiciones que Kellermann encontraba

naturales, pero Dumouriez que no en balde había sido ministro de la guerra comprendió lo que aquello significaba y ya se dió por avisado, así escribió al ministro diciéndole que dejaba á Kellermann con 40.000 hombres para que fuera activando la retirada de los prusianos, mientras él con 32.000 hombres y Beurnonville marchaba á libertar á Lille sitiada por 12.000 austriacos para penetrar luego en Bélgica. A poco marchó Dumouriez á París para ponerse de acuerdo sobre lo que debía hacerse en Bélgica.

En esta campaña sin batallas, iba Brunswick á poder realizar su empeño de apoderarse de las plazas fuertes fronterizas, pero Kellermann no tenía fuerzas más que para defenderse, y Brunswick no pensaba en abandonar á Verdun, desde donde creía poder contenerle. Pero Kellermann á quien hemos visto tan bravo general como menguado político, no ocultaba á nadie lo que se estaba tramando con Prusia, ni aún á los mismos jefes austriacos, quienes acabaron por creerse víctimas de la más infame traición, y como esto llegó á conocimiento del gobernador austriaco de Bélgica, quien además tenía conocimiento de los planes de Dumouriez, apresuró á llamar á sí los cuerpos de Hohenlohé y Clersfayt, de modo que Brunswick cuando se creía poder detener á Kellermann enfrente de Verdun, hubo de pensar cómo abandonar esta plaza y concentrar sus prusianos. Así las cosas, se recibió la primera noticia en el cuartel real del avance de Custine, y como es natural suponer, el landgrave de Hesse se apresuró á regresar á sus Estados amenazados entonces por los franceses. Brunswick quedó, pues, reducido á 30.000 hombres, y así sobre la marcha emprendió la retirada, capitulando el 13 de Octubre Verdun, y el 22 Longwy. A los pocos días Francia quedaba libre de extranjeros.

«En este momento mismo,—dice Sybel,—las negociaciones diplomáticas tomaban el aspecto más funesto para Europa y la revolución.» El juicio no es exacto, tomaban sí el más funesto aspecto para las potencias aliadas y para Polonia, y el más favorable para la revolución.

La resistencia que habían opuesto los franceses á Brunswick y su relativa victoria, habían hecho que la política de Viena cambiase. Quiso por su parte entrar en negociaciones el emperador con los franceses para tener en jaque las que Prusia seguía, pues no se tenía ya confianza en la lealtad de esta potencia, mientras por otro se acosaba al rey de Prusia para que cediera los principados franconianos de que ya hemos hablado y se apresurara el re-

parto de Polonia. Prusia, como antes, no quiso ceder á Anspach-Bayreuth, y por lo contrario le indicó á Austria si quería engrandecerse lo hiciera á expensas de Francia, y á la vez escribía á Rusia para apresurar lo convenido respecto de Polonia. De modo, que ya desde este momento, á pesar de que el rey de Prusia quería ante todo salvar al rey Luis XVI, los negocios políticos interiores le absorbían y distraían de las cosas de la guerra, así vino á experimentar el monarca francés la más amarga de las decepciones, pues cuando más confiaba en la enérgica actitud y resolución de sus aliados, estos más se desentendían de las cosas de la guerra, y esto cuando Dumouriez pasaba una orden severa á sus generales para que dejaren de divertirse negociando cada uno por su cuenta la paz, como sucedía con el general Valence que llegó á poner el cuartel real en conmoción hasta el punto de tener Luchessini que demostrar al rey de Prusia que todos aquellos generales obraban á su antojo y sin autorización.

Fué en Merle, cerca de Luxemburg, en donde el rey de Prusia dijo á los diplomáticos austriacos, Spielmann, Mercy y Thugut, que no cedía nada, que Austria se indemnizase á expensas de Francia, y que si en la próxima campaña había de poner sobre las armas más de 20.000 hombres que es á lo que estaba obligado, desde luego pedía una mayor extensión territorial en Polonia. Haugwitz y Spielmann se querellaron fuertemente en presencia del emperador, pero Spielmann nada consiguió aún habiendo llamado en su auxilio al príncipe Réuss. De modo que los aliados no se entendían, cuando tenían revolucionadas las provincias del Rhin, amenazada Bélgica, y cuando la Saboya y Niza eran ya francesas.

Las ideas democráticas habían ganado con mucha facilidad á Italia, y Salicetti, Henin y Semonville escribían al gobierno, que lo mismo en Córcega, que en Génova, que en el Piamonte, que en otras partes de Italia, existía un partido francés, dispuesto á levantarse bajo su protección contra sus sesiones. En Ginebra había también comisionados que trabajaban la patria de Rousseau, y Claviere mantenía desde el gobierno estrechas relaciones con los patriotas que trabajaban para anexionar Saboya y Niza á la República francesa, y aún en el interior de Suiza, el embajador francés Barthelemy lograba reunir en Berna y Zurich grupos de partidarios de Francia.

El plan gubernamental consistía en lanzar al general Montesquiou contra Saboya, para que luego pasase por Ginebra, desde donde debía amenazar Suiza é Italia, mientras el general Anselme debía

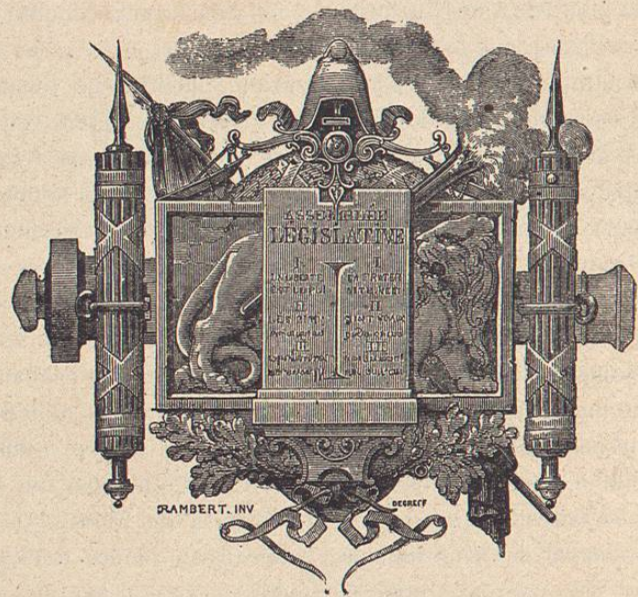
penetrar en el condado de Niza en tanto el almirante Truguet buscaba en la costa un buen punto para un desembarco. Este plan sufrió ya un primer contratiempo al quitarle á Montesquiou los batallones que se mandaron á Luckner, y luego un segundo que hubo de cortar Montesquiou y mucho más grave, pues uno de sus generales, el alemán Enrique, príncipe de Hesse, que se había metido á demagogo y quería suplantar á Montesquiou, acabó por acusar á éste de traidor, y considerándose perdido el francés si no contestaba con su audacia á su audacia, se metió con sus 19.000 hombres por Saboya sin que los piamonteses trataran siquiera de impedirse-lo. Esto ocurría en la noche del 21 al 22 de Setiembre. El 25 entraban los franceses en la capital de Saboya, en Chambéry, y los piamonteses continuaron retirándose sin combatir. Desde este momento pudo amenazar á Ginebra que reclamó el auxilio de Berna que le envió 1.600 hombres para su organización, mientras se reunían en el canton de Vaud un cuerpo de ejército de 9.000 hombres, que era más que suficiente para paralizar á Montesquiou.

Este, que era un hombre honesto y timorato, se indigna al ver que Anselme, que se había apoderado con los 10.000 hombres que le diera sin disparar un tiro del condado de Niza, saqueaba el país, según dijo Servan, como no lo hubiera hecho la guerra más sangrienta, acabando por pedirle á Génova un préstamo de 31 millones. Montesquiou escribió sobre ello al nuevo ministro de la guerra, Pache, pero éste lo que hizo fué separar á Anselme de la obediencia de Montesquiou, mas si esto dió á Anselme carta blanca para que continuase sin escrúpulos su obra, el marqués de Montesquiou no pudo menos de comprender que sus escrúpulos le inutilizaban, pues la Convención lejos de querer ó poder enviar recursos á sus generales se los pedía á éstos. Así se negó á poner su mano sobre Ginebra, en donde había un depósito de 20.000 fusiles, y como los comisionados de la Convención nada pudieran lograr de él, y el marqués se viera perdido, abandonó á su ejército y se pasó á Ginebra.

En suma, apenas existía la república y el temor de los emigrados y del extranjero se había desvanecido como por ensalmo. Francia amenazada en su integridad, se veía señora y dueña de Saboya y Niza que votaron entusiastas y casi por unanimidad su anexión á Francia, de modo que Francia tenía ya su suspirada y necesaria frontera de los Alpes, mientras que sus soldados en el Rhin formaban con sus habitantes entusiastas por las nuevas ideas una inmensa muralla que había de ser más difícil de

atravesar que el Rhin, y Dumouriez acudiendo ahora á Lille veía por fin llegado el momento en que iba á arrebatar á Austria la Bélgica, y constituir allí un Estado hermano de Francia y como ésta dispuesto á combatir el extranjero que quisiera mezclarse en sus negocios interiores ó negarle su independencia.

Tan grandes como inesperados triunfos fué lo que hizo que la gran masa de la nación francesa abrazase con gran fe los principios democráticos, y perseverara en su decisión en medio de las grandes tempestades que se había de llevar á sus representantes unos tras otros. Esta vez la gloria militar sirvió la causa de la libertad.



## ÉPOCA SEGUNDA

# LA REPÚBLICA